

Comienzos literarios



Artur Lundkvist

Hijo de un modesto campesino, Artur Lundkvist había nacido en Hagstad, una pequeña aldea del sur de Suecia, en el municipio de Oderljunga, en 1906.

Desde muy niño fue Lundkvist un lector infatigable. La literatura lo llevaba a un mundo de fantasía más interesante que el que le ofrecía el ambiente rural en que vivía. Ya a los seis años expresó su clara vocación literaria al decirles a sus padres que quería ser impresor, es decir un hombre que escribía libros, profesión que en la mente del niño se confundía con la de autor.

La indiferencia y el desinterés que mostraba por las labores del campo y la vida de la aldea y su extraordinaria afición a la lectura, hicieron que se crease entre los campesinos la idea de que era un perezoso o, al menos, un bicho raro. Esto motivó, evidentemente, la reacción de protesta de Lundkvist. Es quizás entonces cuando comenzó a formarse en él lo que luego llamó su «neurosis contestataria» que, junto con su «impulso creador», constituyen la base de la personalidad literaria de este autor, es decir, protesta y creación. La decisión de dedicarse a la literatura es, sobre

todo, una declaración de independencia frente a la sociedad que lo rodea. Es una rebelión: contra el asfixiante ambiente cultural de la aldea, contra la sociedad en su totalidad, contra la religión alienante, contra la estéril tradición cultural, contra cualquier tipo de ideas o costumbres aceptadas acríticamente.

Uno se pregunta ¿de dónde viene la vocación? ¿De dónde le vino a un crío de un pequeñísimo pueblo, con apenas estímulos, el interés por los libros, por la letra impresa, luego por la literatura y, dentro de esta, por la literatura más avanzada?

A los veinte años deja Lundkvist definitivamente la aldea, camino de Estocolmo, decidido a iniciar una vida dedicada a la literatura. Años después, en un poema autobiográfico, se definiría como un «campesino arrancado del terruño con sus raíces como velamen». Lundkvist llegó a la capital en un momento de grandes transformaciones sociales. En el año 1917 había habido unas revueltas, llamadas “las revueltas del hambre”, duramente reprimidas por la policía y en 1925 había muerto Hjalmar Branting, el padre de la socialdemocracia sueca. La vieja sociedad agraria se estaba convirtiendo en una moderna sociedad industrial. La máquina era la herramienta del cambio. Las máquinas y los obreros que las manejaban iban dando otro ritmo a la vida sueca y se iban integrando en su cotidianidad. La vida literaria aún no se había hecho eco de esta evolución. Los escritores continuaban ocupándose de temas ya pasados, polvorientos, que, además, seguían expresando con las formas poéticas tradicionales. Ni un vestigio de lo que vislumbraba el campesino recién llegado, con sus ojos bien abiertos, empecinado en vivir de la literatura. Y logró vivir de ella, pero pasando grandes penurias. Vive en habitaciones realquiladas, a veces compartidas, con la preocupación de no poder pagar el alquiler y con hambre. La supervivencia depende de la imprescindible máquina de escribir —vive con el miedo a tener que empeñarla para sobrevivir— y escribe sin cesar en periódicos y revistas sobre literatura, cine, política, problemas sociales, etc. Kjell Espmark cuenta más de 500 artículos en pocos años.

Para describir las transformaciones de la sociedad, la incorporación de nuevos impulsos a su vida, y para desarrollar los novedosos temas, hacen falta formas inéditas. Lundkvist decide, pues, olvidar la existencia de la forma clásica, tradicional —esa camisa de fuerza que oprime la libertad de su expre-

sión— y comienza la búsqueda de un instrumento poético adecuado a los nuevos ritmos de la vida. El modelo lo tiene al alcance de la mano: en Finlandia. Allí han iniciado Edith Södergran y Elmer Diktonius lo que, andando el tiempo, se convertirá en la semilla del poderoso movimiento que fue el modernismo sueco. El ritmo, la fuerza, la vitalidad y los temas de Diktonius influyen notablemente en el joven Lundkvist (curiosamente, para ambos el modelo de artista era el mismo: el pintor van Gogh). También encuentra una inspiración en Dinamarca: el modernista Bønnelycke, como luego la encontraría en Estados Unidos, en Sandburg y Whitman.

¿De dónde le viene a Lundkvist ese olfato para captar lo nuevo, para saber dónde está la vanguardia? ¿Por qué es Bønnelycke el escritor que más le llega de todo lo que lee en Copenhague?

En Suecia, el modernismo implica una ruptura con la poesía tradicional, tanto en los temas como en la forma. Incorpora a la poesía la gran ciudad, la gran industria, el mundo de las máquinas, el mundo del trabajo, el proletariado, el ambiente de la vida cotidiana. Y todo ello expresado con un desdén total por las formas tradicionales; los poetas modernistas utilizan exclusivamente el verso libre, sin rima. También suponía el modernismo una crítica a la burguesía, a su mentira y su hipocresía, que ahogaban la libertad del individuo, e incorporaba un cierto socialismo más o menos utópico. En el caso concreto de Lundkvist vemos también que él incorpora su enorme vitalismo, un utopismo casi neo-rousseauiano y, sobre todo, una gran exaltación de la liberación sexual y una lucha decidida contra los tabúes sexuales.

En 1928, cuando Lundkvist estaba haciendo el servicio militar, se publicó su primer libro, *Glöd (Brasas)* que abrió el camino del modernismo en Suecia. Las primeras críticas fueron muy frías. Tuvo que esperar un tiempo hasta que Sten

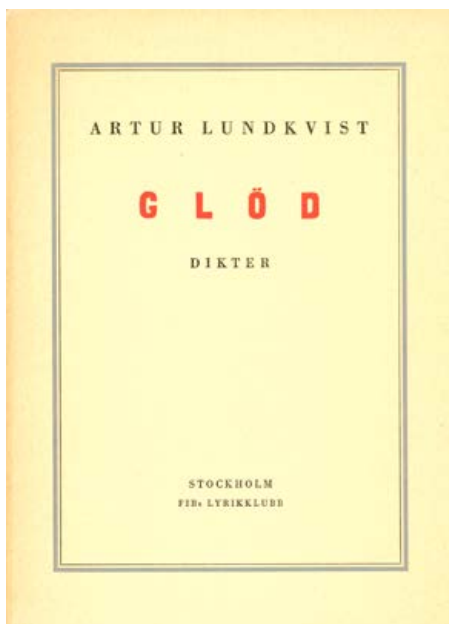
Selander, el crítico más notable de la época, vaticinó: «Creo observar [en él] signos claros y definidos que lo llevarán a desempeñar un papel importante y original en la literatura sueca». Aunque a Lundkvist quizá le gustó más la caracterización de Erik Blomberg, poeta y crítico literario marxista: «Es la carcajada de Douglas Fairbanks en la boca de Lenin».

«Sin embargo, creí haber introducido el *modernismo* en la poesía sueca, aunque nadie pareció notarlo en un principio. Esto del modernismo me era algo muy querido, más importante incluso que el juicio que mereciesen mis poemas. Yo quería, ante todo, ser alguien, por muy humilde que fuese, dentro de una corriente literaria que consideraba universal y portadora de algo nuevo.»

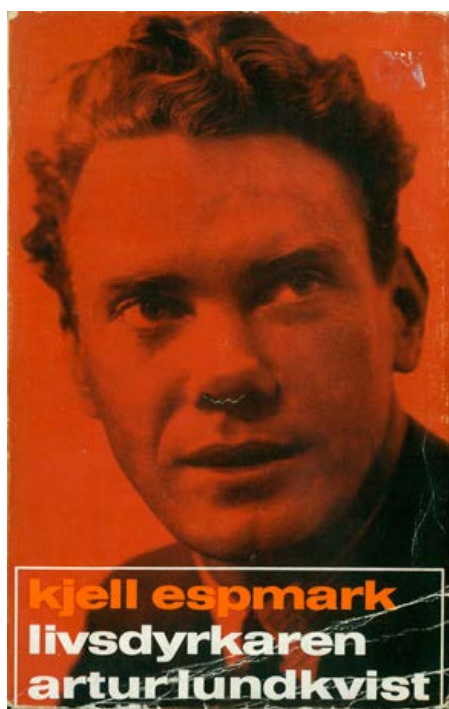
Con estas palabras comentó Arтур Lundkvist en 1978, en un apéndice a la reedición de su obra *Glöd* —con ocasión del quincuagésimo aniversario de su publicación— su temprano debut literario, el inicio de una de las carreras literarias más fecundas de la literatura sueca contemporánea. El poema más largo del libro, *Stad (Ciudad)*, es una descripción de la vida en la metrópoli, es decir, lo que el joven campesino consideraba como el aspecto más palpable y significativo de la transformación de la sociedad rural en sociedad industrial. La ciudad descrita no es ninguna ciudad y es, al mismo tiempo, todas. Contiene elementos de Estocolmo, pero sobre todo de Copenhague y de Chicago, estos últimos literarios.

En el libro se puede ya observar la vacilación de Lundkvist entre la poesía propiamente dicha, con verso corto y rítmico, y la prosa poética, de verso largo, vacilación que le acompañaría toda la vida. Con el tiempo irá encontrándose a gusto en la transgresión de géneros y en la prosa poética o los poemas en prosa.

Un año después publicó *Naket liv (Vida desnuda)*, libro en el que se



Cubierta de su primer libro, *Glöd*



Gran ensayo de Kjell Espmark sobre la obra de su juventud

multiplican los motivos del mundo del trabajo, de la vida diaria de la ciudad. La influencia de Diktonius y de los poetas revolucionarios rusos es grande.

Ese mismo año publica la editorial Bonniers la antología *Fem unga* (*Cinco jóvenes*) —considerada hoy día como un importante hito en la historia de la literatura sueca— en la que Lundkvist aparece junto al que más tarde sería Premio Nobel, Harry Martinson, y otros tres autores jóvenes. La publicación causó un gran escándalo. Los «Cinco jóvenes» ponían en tela de juicio todos los valores tradicionales. Su actitud ante la vida era un canto al vitalismo, a la energía. Era todo lo contrario de la actitud tradicional, estéril y moribunda. El grupo participó en las discusiones sobre la sexualidad combatiendo la doble moral burguesa y su habitual hipocresía, y propugnando la plena libertad sexual. Lo que les valió el calificativo de pornógrafos y enemigos de la cultura. Lundkvist rechazó violentamente la acusación e insistió en que lo que querían era renovar la cultura, darle un contenido nuevo, más rico.

En los 20 y 30 los modernistas se reunían la Casa del Pueblo del barrio de Klara, que era el local de los anarquistas en Estocolmo. Por eso les colgaron la etiqueta de anarquistas. Allí hubo debates muy vivos y las intervenciones de Lundkvist en los debates se orientaban a defender el modernismo. Allí luchaban a favor del verso libre, la creación libre, una sexualidad libre y por una temática en literatura en compás con la época moderna.

“Recuerdo el enorme debate en torno a *Nomad* al segundo poemario de Martinson, los 5 jóvenes formamos un compacto grupo para defender a Martinson y lo hicimos bastante bien, podíamos morder y nos ganamos el respeto.” escribió Lundkvist en sus memorias y seguía: “Recuerdo también el debate originado por el panfleto de Lo-Johansson *Dudo del deporte* (1931). Los

jóvenes volvimos a mostrar nuestra solidaridad en el combate, excepto el autor que, pálido y asustado, se refugió en el fondo del salón y no pudo articular palabra. El ataque al deporte de competición era algo peligroso, todos los partidos y grupos sociales daban coba al movimiento deportivo, también escritores y críticos rendían pleitesía a este amplio movimiento popular, que se consideraba tan formativo, física y moralmente, como estéticamente atractivo. Nosotros nos atrevimos a sostener, en aquel estado de opinión, que el deporte lleva en primer lugar al culto de las estrellas, a vacías orgías colectivas, al apoltronamiento de las grandes masas y que, en dos palabras, era opio para el pueblo. Desgraciadamente no pudimos detener la corriente sino que la locura del deporte continuó su marcha imparable.” Ya entonces se destacaba en la personalidad de Lundkvist el talento para nadar a contracorriente y la firmeza en la defensa de sus opiniones.

Poco después se publicaron *Svart stad* (*Ciudad negra*) y *Vit man* (*Hombre blanco*), obras desbordantes del explosivo vitalismo de su autor, el «adorador de la vida», como lo llamó uno de sus biógrafos. Participaba de la idea de la época de que las máquinas proporcionarían la base material, económica, para alcanzar una vida más rica, más cómoda, más profunda. Pero Lundkvist, como buen sueco, no olvidó la naturaleza. La síntesis utópica de la máquina y la naturaleza era una posición bastante natural para el joven escritor, recién llegado del campo, que tanta avidez mostraba por todas las novedades de la época. En el final de uno de sus poemas lo expresa así:

*Algún día, cuando hayamos alcanzado
la gran síntesis
y los años de luto del industrialismo
hayan pasado
te llamaremos, joh luna!
Las sirenas de las fábricas te llamarán a
gritos para que vuelvas
a un país vestido de verde primavera.*